

**MAREAS, PUERTOS Y CANALES EN LA REGIÓN TURDETANA:
ESTRATEGIAS Y DINÁMICAS INDÍGENAS A PARTIR DE LA
GÉOGRAPHIKÁ DE ESTRABÓN**

BENJAMÍN CUTILLAS VICTORIA

MAREAS, PUERTOS Y CANALES EN LA REGIÓN TURDETANA: ESTRATEGIAS Y DINÁMICAS INDÍGENAS A PARTIR DE LA *GÉOGRAPHIKÁ* DE ESTRABÓN

BENJAMÍN CUTILLAS VICTORIA

Resumen. A partir de un pasaje de la *Géographiká* de Estrabón (III, 2, 4-5) pretendemos acercarnos al conocimiento de las estrategias de adaptación que hubieron de desarrollar las poblaciones turdetanas asentadas en la paleodesembocadura del río Guadalquivir, ante un medio marítimo difícil caracterizado por la dinámica mareal del Atlántico. Este fenómeno contribuyó a marcar los patrones poblacionales, económicos y sociales de las poblaciones asentadas en su costa..

Palabras Clave. Mareas, Turdetania, Estrabón, puertos, estrategias indígenas, canales.

Resumen. D'un passage de l'œuvre *Géographiká* (III, 2, 4-5) de Strabon, nous voudrions nous rapprocher de la connaissance des stratégies d'adaptation qui devaient développer les groupes culturels turdétans installés dans la paléo-embouchure du fleuve Guadalquivir, un environnement difficile caractérisé par les marées, phénomène qui a marqué leurs modèles de peuplement, économiques, sociaux et commerciaux.

Palabras Clave. Marées, Turdetania, Strabon, ports, stratégies indigènes, canaux

INTRODUCCIÓN

Estrabón recoge en su tercer libro de la *Geographiká* un pasaje en el que describe la Turdetania desde un punto de vista que va más allá de la imagen de las poblaciones que lo habitan o de los relieves que marcan el paisaje. En esta parte de la obra, el autor de Amaseia se centra en describirnos el fenómeno de las mareas, un proceso natural que afectó –y sigue afectando- de forma trascendental a esta región del sur peninsular, influyendo directamente sobre los patrones de asentamiento, económicos y comerciales de las sociedades locales, así como a las estrategias que estos pusieron en práctica para superar estos avatares que no eran una novedad para ellos.

Si bien se pueden cuestionar los datos proporcionados aduciendo que el escritor griego no recorrió personalmente todas las regiones que sí describe en su obra –entre ellas la

Península Ibérica-, sin olvidar además que mucho de lo que se narra en la *Géographiká* son leyendas y creencias que rayan en la exageración o lo fantástico en algunos momentos, hay que reconocer su labor de recogida de testimonios orales de navegantes, comerciantes y militares, o de textos de autores que le precedieron que sí que habían llegado a regiones lejanas como la nuestra. Este sería el caso de los recogidos en Polibio, Artemidoro, Asclepiades de Mirlea o Posidonio (Blázquez, 1996: 179), llegados hasta nosotros vía Estrabón, y que nos permiten estudiar el grado de conocimiento y la concepción que se tenía de otras partes del mundo antiguo en el siglo I a.C. y que han trascendido en el tiempo. Unas informaciones que, tras un análisis crítico exhaustivo, pueden significar una fuente de conocimiento especialmente válida a la hora de intentar reconstruir modos de vida –políticos, económicos, sociales, rituales...- para cronologías protohistóricas en las que,

por el momento, no podemos acceder a la información textual contenida en las fuentes literarias propias de estas culturas.

Y es que Estrabón no nos habla aquí de la Turdetania romanizada, corazón de la provincia Ulterior primero y Bética después, sino que se refiere a los grupos culturales prerromanos que habitan el valle del Betis y que comparten, junto a las zonas costeras mediterráneas, el único estadio civilizado (*politikós*) existente en la Península Ibérica dentro del esquema platónico de los tres estadios del progreso humano (Abascal Palazón y Espinosa Ruiz, 1989: 11-14), a partir del cual, enfrenta culturas como la turdetana y la ibérica a aquellas del centro y norte peninsular que vivían en estados de salvajismo (*agroikós*) y semisalvajismo (*mesagroikós*). Esta condición variaba en función de su cercanía a las costas y, por tanto, a la mayor o menor aculturación sobre las novedades materiales, tecnológicas e ideológicas que llegaban a la Península Ibérica. (Figs.1 y 2)



Figura 1. Situación geográfica del área de la desembocadura del río Guadalquivir (en rojo).

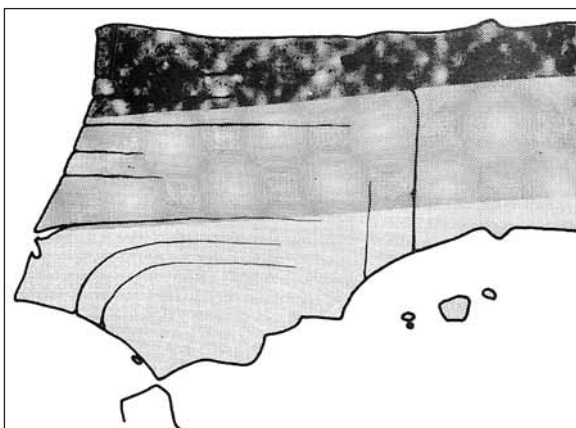


Figura 2. División platónica de la Península Ibérica según los tres estadios del progreso (Abascal Palazón y Espinosa Ruiz, 1989: 12).

Dentro de este ámbito cronológico y espacial determinado, con este trabajo pretendemos realizar un análisis crítico sobre dicho relato, comparando la información que nos transmite el autor con la información histórica y arqueológica que conocemos en la actualidad -especialmente en cuanto a estudios de paleotopografía y dinámica mareal se refiere-, con el fin de poder extraer conclusiones objetivas sobre las estrategias que las sociedades locales protohistóricas de esta región peninsular adoptaron para poder dominar un medio que condicionaría por entero sus vidas.

TURDETANIA: EL OCÉANO COMO IDIOSINCRASIA.

Situados a lo largo del cauce del río Guadalquivir, los centros turdetanos más importantes se concentraban en el Bajo y Medio Guadalquivir, mientras que en la zona jiennense se producía la emergencia de los grupos centralizados ibéricos (Ruiz Rodríguez y Molinos Molinos, 2007). Es en la región de la paleodesembocadura de dicho río donde encontramos un contexto marcado por unas particularidades excepcionales a causa de los efectos que las mareas tenían sobre esa zona. Efectos que, por otra parte, han sido importante objeto de estudio en cuanto a investigaciones sobre paleotopografía y evolución de la paleodesembocadura del Guadalquivir como condicionante clave para los patrones económicos, de asentamiento y de relación de estos grupos turdetanos (véase al respecto Belén Damos y Jiménez Flores, 2007; García Fernández, 2005; Gutiérrez, *et al.*, 2000; Padilla Monge, 2014).

En cuanto a la cronología del texto, Estrabón probablemente recogiera una serie de testimonios que podemos datar previamente a la conquista romana producida en el último cuarto del siglo III a.C., ya que Turdetania aparece como ente territorial y cultural propio, sin referencia a ninguna noticia que tenga que ver con la fase de ocupación y asimilación romana; y el arranque de la fase turdetana que se sitúa desde el punto de vista arqueológico entre finales del siglo VII y principios del V a.C., en un horizonte poco preciso (Belén Damos y Jiménez Flores, 2007: 53), al no contar con referencias tipológicas seguras. Esta indefinición se producen en medio de un siglo VI denominado por una parte de la historiografía como un “siglo de crisis” originado por la caída de Tiro por Nabucodonosor II en el 573 a.C., que conllevaría el fin o al menos el incremento significativo de la dificultad de las relaciones coloniales entre la metrópolis y las colonias fenicias occidentales y el colapso del mundo tartésico (Espinosa Espinosa y Gutiérrez Marín, 2006).

Sin embargo, este fenómeno que poco tuvo que ver con una crisis, se traduce en un proceso histórico complejo que podemos resumir en una serie de cambios y reestructuraciones en los modelos de poblamiento en torno a núcleos de



Figura 3. Abrigo de Laja Alta (Jimena de la Frontera, Cádiz).

nueva planta, o ya existentes, sobre los que se articularían territorial y políticamente los territorios (López Castro, 1995: 59) tanto fenicios occidentales como indígenas. Así, se sentaban las bases de los grupos culturales turdetanos e ibéricos que emergerían a partir de un proceso donde se impondría un modelo del territorio jerárquico en el que se tendió al abandono de núcleos pequeños y dispersos a favor de la concentración en centros importantes de decisión política, originando muy pronto el rol dominante de asentamientos principales como Carmona, *Gadir* o Sevilla, cabezas jerárquicas de unos sistemas de ordenación territorial que iniciaron procesos propios de colonización agrícola en las campiñas próximas (Belén y Jiménez Flores, 2007: 58), constituyéndose ya cómo núcleos turdetanos.

Centrándonos en el texto, en una primera parte del pasaje Estrabón se ocupa de la realidad de esta región, rica y abundante en recursos agrícolas, entre los que también se encontraban los recursos minerales explotados desde cronologías anteriores –baste destacar la importancia de los focos mineros de la zona desde el Calcolítico y durante el Bronce Final y el Horizonte Cultural Tartésico- y de los que el autor se ocupa más adelante¹.

«La Turdetania goza de unas asombrosas condiciones. Además de ser ella misma productora de todo y en abundancia, duplica sus beneficios con la exportación, pues el excedente de sus productos es fácilmente vendido por sus numerosos barcos mercantes. Hacen posible esto los ríos y los esteros que, son comparables a los ríos e igualmente remontables desde el mar hacia las ciudades del interior; no sólo por naves pequeñas, sino también por las grandes».

Estrabón, III, 2, 4.

Esta región se convertía así en un polo de atracción comercial al que arribaban dos formas de comercio distintas que vemos representadas a partir de las embarcaciones de las que se habla. Por un lado, un comercio interior entre los diversos núcleos turdetanos llevado a cabo por pequeñas embarcaciones que pudieran tratar tanto con recursos y materiales de producción local y/o regional, como con los productos exógenos que entrarían en circulación a partir de los puertos redistribuidores; y por otro, un comercio a gran escala de navegantes llegados hasta esta zona (tanto de pro-

¹ Estrabón, *Géographiká*, III, 2, 8-9.

cedencias mediterráneas como atlánticas) que podrían tener como destino los puertos más exteriores de la paleodesembocadura, o bien remontar el río para tratar directamente en enclaves comerciales más al interior.

Estas estrategias comerciales eran herederas de las relaciones establecidas en la región desde, al menos, el III o II milenio a.C. como indican las pinturas de la Laja Alta (Ruiz-Gálvez Priego, 2005: 316-317), donde de las ocho embarcaciones representadas, seis llevan palo y vela y cuatro de ellas remos. (Figs. 3, 4 y 5) A ello hay que adjuntar que, como podemos advertir en el texto, el relieve de estas costas se caracterizaba por su baja altura y por las *escotaduras* o entrantes del mar que jalonaban este territorio y que conectaban con los valles fluviales. De esta forma, se configuraba un foco perfecto para el establecimiento de puertos y puntos de contacto económicos y culturales.



Figura 4. Representación de embarcación tipo número 15 con velamen y remos (Barroso Ruiz, 1980: 34).

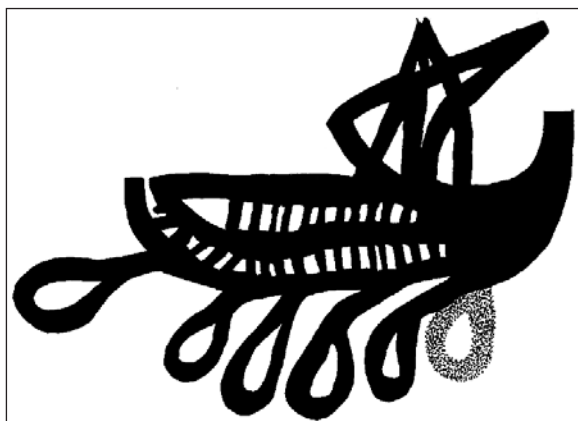


Figura 5. Representación de embarcación tipo número 16 con velamen, remos y un casco más sólido más propia del transporte de mercancías (Barroso Ruiz, 1980: 35).

2.1 - Las mareas

Pese a esta situación favorable del territorio turdetano en relación al mar y, especialmente, a su acceso tanto para su explotación como para su utilización como vía de comunicación sobre la que asentar un modelo comercial basado en la navegación marítima, se contaba con un protagonista natural e intermitente que obligaba a modificar toda una forma de vida: las mareas.

Este fenómeno, apenas irrelevante en las aguas interiores del mar Mediterráneo, adquiere otra dimensión más allá del Estrecho de Gibraltar, con unas oscilaciones de elevación del nivel del mar que en la actualidad llegan a 103 cm (Álvarez, *et al.*, 2001:18) y que, pese a no conocerlas con exactitud para épocas antiguas, supondrían variaciones considerables que afectarían a las estrategias vitales de los grupos culturales asentados en esta región.

Entre uno de esos efectos encontramos el condicionamiento que provocaban sobre las navegaciones de todo aquel que arribaba o partía desde los puntos localizados en el río, la paleodesembocadura y las zonas de costa cercanas que se veían igualmente afectadas (Álvarez, *et al.*, 2001:18). Dichos problemas no sólo los advertimos ya en la fuente, sino que Estrabón incluso explica el porqué del origen de las mareas:

«Allí tienen más amplitud las mareas que en otros lugares porque el mar, constreñido desde un gran océano hacia el breve estrecho que forma Maurusia con Iberia se regolfa y se precipita sobre las partes de la tierra que ceden fácilmente ante él».

Estrabón, III, 2, 4.

Más allá de esta información, uno de los aspectos más destacables e interesantes del pasaje es cuando Estrabón diferencia tanto los momentos de pleamar y bajamar, así como las consecuencias que estos implicaban. En los primeros, la navegación era sencilla y libre de peligros, pudiendo llegar hasta el interior del paleogolfo y ascender por los ríos con ayuda de ese impulso natural, mientras que, en contraposición, durante la bajamar la navegación se hacía muy difícil con áreas que se quedaban sin agua, corriendo no sólo el riesgo de quedar las naves encalladas, sino también pudiendo dañar los cascos de las naves al disminuir el nivel del mar o perder el control en las bajadas a causa de las fuertes corrientes y el choque entre estas y la pleamar.

«Las subidas de nivel del mar durante las pleamares las anegan, de forma que no son menos remontables que los ríos, sino incluso mejor. Pues la navegación se parece aquí a la que se practica en los descensos fluviales, al no haber ningún obstáculo de frente y empujar además de popa el mar, por la subida de la marea, igual que la corriente de un río».

Estrabón, III, 2, 4.

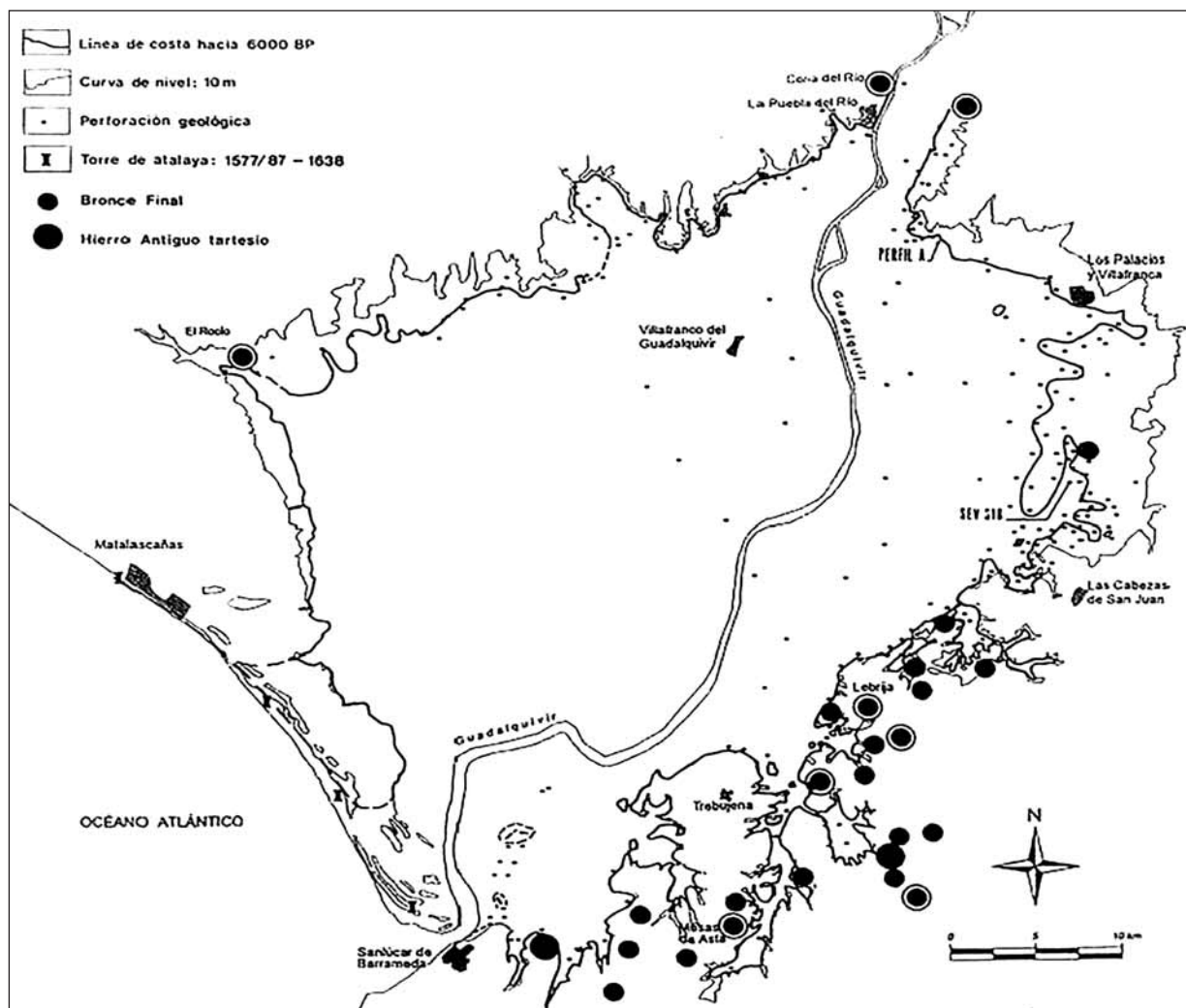


Figura 6. Selección provisional de los principales yacimientos arqueológicos del Bronce Final y del Hierro Antiguo Tartésio (Arteaga *et al.*, 1995: 132).

Cabe destacar que, al igual que las mareas tenían también suma importancia a la hora de establecer contactos por vía marítima entre las propias poblaciones de la región y con los llegados desde el exterior, misma notoriedad asumían a la hora de planificar los lugares donde establecerse, marcando las diversas estrategias de los grupos preturdetanos y turdetanos a la hora de construir sus ciudades.

2.2 - Los puertos.

En efecto, los puntos de confluencia comercial marítimos se convirtieron en foco de atracción de poblamiento, al menos, desde parte del III milenio a.C. a partir de la nuclearización de los asentamientos y a la organización de estos en

centros bien definidos que, durante el II milenio, evolucionarán hacia unos sistemas tributarios cada vez más centralizados durante la Edad del Bronce (Arteaga *et al.*, 1995: 113).

Con la llegada del Bronce Final y del Horizonte Tartésico u Orientalizante, la costa se convirtió en un entorno empórico comercial, caracterizado por el aumento del número de asentamientos que buscaban instalarse en zonas de puerto natural y ligados al auge de las transacciones comerciales que se realizaron en esta zona sobre los productos que llegaban desde las regiones prelitorales e interiores peninsulares. Igualmente jugaban un papel muy importante dentro del comercio bidireccional las producciones locales propias realizadas en estos mismo puntos, como demuestran los hallazgos de los hornos de Cerro Macareno, del Cerro de San

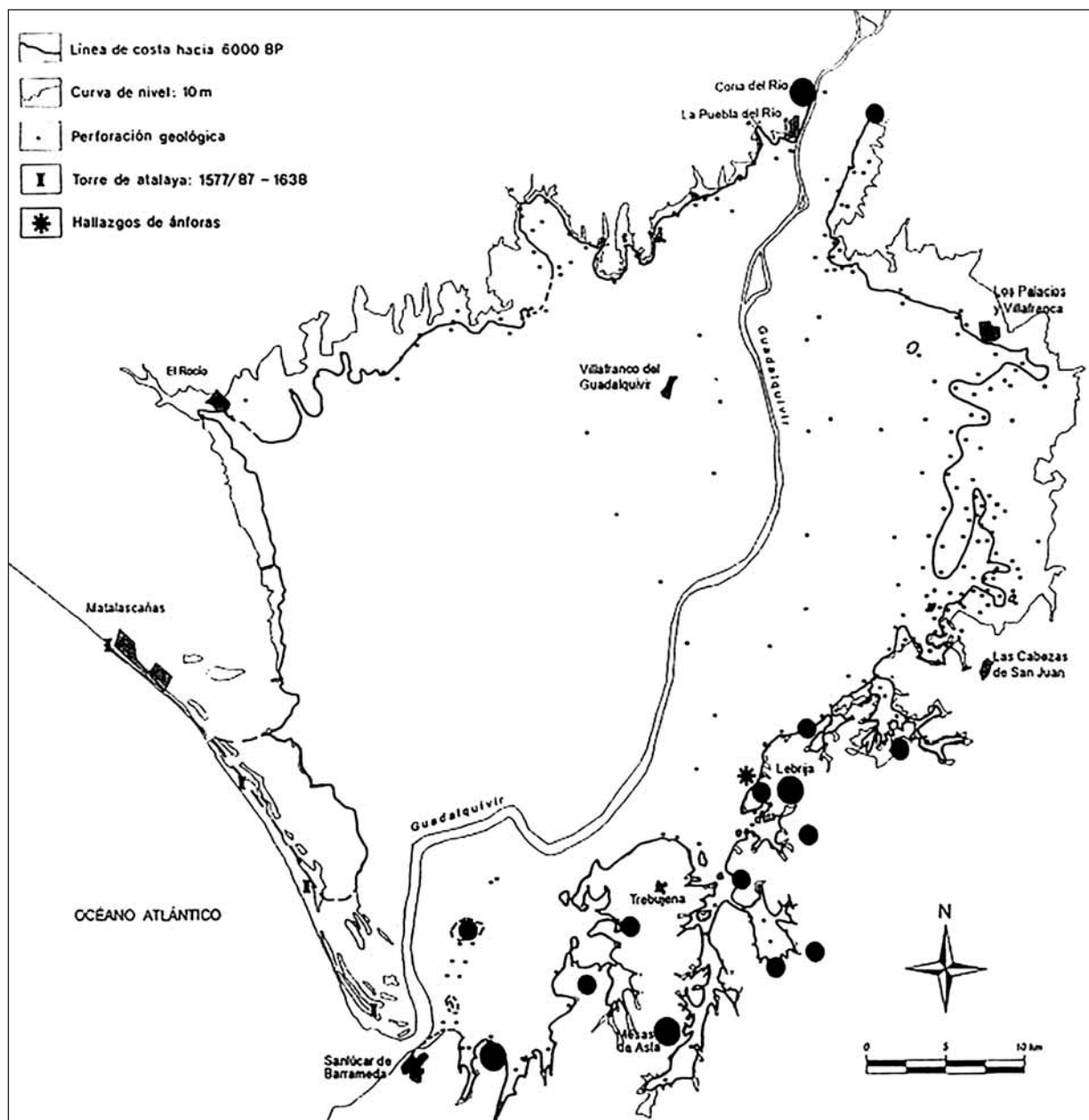


Figura 7. Selección provisional de los principales yacimientos arqueológicos de la época turdetana en relación con la situación del paleogolfo del Guadalquivir (Arteaga *et al.*, 1995: 133).

Antonio y los de la zona del arroyo Albollón (Padilla Monge, 2014: 163-164). Destacan entre sus producciones las ánforas Pellicer B-C y D y la T.8.2.1.1 (BelénDeamos, 2006: 164).

De esta manera, y tras los cambios en los modelos de poblamiento acaecidos a partir del siglo VI a.C., observamos cómo una serie importante de yacimientos tienden a despla-

zarse hacia las cercanías y proximidades de la zona de costa, pese a que otros continúen en el tiempo –caso de Nabrisa, Caura o Mesas de Asta, entre otros- o desaparezcan en esta fase cronológica. (Fig. 6 y Fig. 7).

Como confirma el texto y se aprecia en la figura 7, estos eligieron para asentarse los esteros y riberas de los ríos, lu-

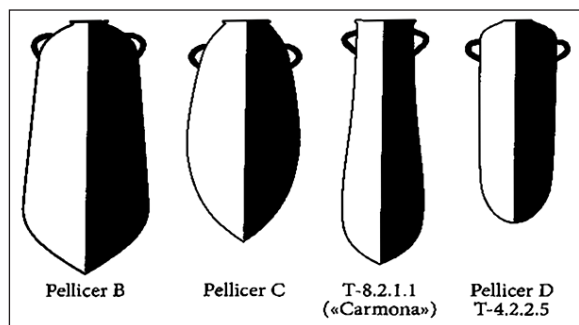


Figura 5. Ánforas fabricadas en el Bajo Guadalquivir durante los siglos V-III a.C. (Padilla Monge, 2014: 164).

gares en los que pudieran encontrarse cerca de zonas portuarias o fondeaderos, puntos neurálgicos de intercambios y transacciones económicas. Ejemplo de ello son algunas de las ciudades de las que habla Estrabón, como Asta (Mesas de Asta) o Nabrisa (Lebrija), y que compara con Ónoba (Huelva) o Maínoba (Faro), por su similitud a la hora de ocupar las riberas de los ríos.

«Habiendo observado los habitantes la naturaleza del lugar y que los esteros podían aprovecharse con la misma finalidad de los ríos, fundaron en sus orillas, como en las de los ríos, ciudades poderosas y otros asentamientos».

Estrabón, III, 2, 5.

Hay que considerar que la desembocadura del río Guadalquivir continuaría modificándose durante los siglos V-IV y III a.C. por lo que en tiempos turdetanos la línea de costa del delta penetraría hacia el paleogolfo, reduciéndose sus rebordes laterales unos cientos de metros (Arteaga *et al.*, 1995: 117). Estas reducciones laterales pueden quedar referidas a la formación de los esteros que encontramos descritos en la *Géographiká*, encontrando así una confirmación geoarqueológica sobre el relato de Estrabón y una información textual verídica sobre los modos de asentamiento de los grupos turdetanos.

2.3 - Los canales.

Un dato que llama la atención de este pasaje es el dado por el autor en referencia a los canales construidos por estos grupos para conectar diversos cauces fluviales y mejorar el tráfico comercial que, como continua relatando Estrabón, se practica con la Península Itálica y el Mediterráneo en general. Sin embargo, en este punto el autor griego cae en el error de obviar la importancia que el foco comercial norteafricano ostentaría para el sur de la Península Ibérica no sólo para comerciar con productos llegados desde allí, sino también como

mercado en el que colocar sus propios productos manufacturados (Padilla Monge, 2014: 165), a favor de la Roma que ya dominaba en sus días prácticamente todo el *Mare Nostrum*. (Fig. 8)

«Además en algunos lugares se han abierto canales en vista de que el comercio, tanto el interior como el exterior, se efectúa entre muchos puntos».

Estrabón, III, 2, 5.

Con respecto a los canales, hasta el momento, ningún testimonio arqueológico ha podido refrendar esta idea recogida por Estrabón. No obstante, el mero planteamiento de la construcción de dichas infraestructuras con un objetivo de mejora de rutas y flujos comerciales nos lleva a plantear que, aunque no se hubieran construido dichos canales y tan solo se refiriera al acondicionamiento de paleocauces a modo de canales, la simple idea transmitida de que existirían nos retrata la importancia que tenía el mar y la explotación de este como medio de comunicación para estos grupos culturales.

Así, dichos canales serían el complemento idóneo para las afluencias interiores que se veían acrecentadas con las mareas altas, lo que explicaría la relevancia que los observadores ajenos, posteriores transmisores de la información, darían a la llegada de las aguas a los asentamientos turdetanos como modo de vida de estos grupos, puesto que estos últimos vivían para crear espacios de confluencia entre aquello que llegaba desde el interior y lo que venía desde el mar. Además, al ser capaces de acometer semejantes obras se les debió atribuir un conocimiento y una tecnología importantes, lo que habla más si cabe de la estrecha relación entre los grupos culturales turdetanos y el mar.

Consideraciones finales.

Como se pone de manifiesto, la utilización de las fuentes para épocas protohistóricas puede ser en ocasiones, y a partir de un análisis crítico, un pilar importante a la hora de intentar conocer y reconstruir un fenómeno histórico, pero no como único paradigma de investigación, sino en estrecha conexión con los datos que aporta la Arqueología o los estudios geofísicos. De no ser así, nuestro propio trabajo hubiera quedado incompleto al obviar la importancia del comercio cartaginés sobre esta región puesto que la fuente no recoge dicha información, o no habríamos podido conocer con exactitud la evolución en los modelos de asentamiento de los grupos autóctonos del entorno de la paleodesembocadura del río Guadalquivir.

No obstante, de Estrabón podemos obtener una dimensión distinta de la arqueológica. La riqueza de la fuente en

este caso, pese a ser una obra que recoge testimonios indirectos y tardíos, es la transmisión que hace de los datos más antropológicos, de los más humanos. En ellos podemos ver desde las ventajas y los peligros de navegar por un río cambiante a causa de las oscilaciones de las mareas, hasta los cambios en unos asentamientos que buscaban la mayor cercanía al mar. Allí eran donde instalaban las áreas portuarias a partir de las cuales unían realidades materiales muy diferentes, acompañadas de intercambios tecnológicos e ideológicos que se traspasaban de unas personas a otras, siempre de manera bidireccional.

Así, esta posición estratégica de bisagra a nivel local, pero también a un nivel mayor al ser esta la región que desde mucho antes servía de nexo entre el mundo atlántico y el mundo mediterráneo, llevaría a la configuración de una idiosincrasia cultural particular entre los habitantes de este territorio que no podríamos comprender sin conocer su estrecha relación con el mar.

Bibliografía.

- ABASCAL PALAZÓN, J.M., ESPINOSA RUIZ, U. (1989): *La ciudad hispano-romana. Privilegio y poder*, Logroño.
- ÁLVAREZ ESTEBAN, O., TEJEDOR ALVÁREZ, B., VIDAL PÉREZ, J. (2001): “La dinámica de marea en el estuario del Guadalquivir: un caso peculiar de «resonancia antrópica»”, *Física de la Tierra*, 13, págs. 11-24.
- ARANEGUI GASCÓ, C., VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, J. (2007): “Encuentros coloniales, respuestas plurales: los ibéricos antiguos de la fachada mediterránea central”. En M.C. BELARTE FRANCO, J. SANMARTÍ GRECO (Eds.): *De Les Comunitats Locals Als Estats Arcaics: la Formació de les Societats Complexes a la Costa del Mediterrani Occidental*, págs. 53-70. Barcelona.
- ARTEAGA, O., SCHULZ, H.D., ROOS, A.M. (1995): “El problema del Lacus Ligustinus. Investigaciones geoaqueológicas en torno a las marismas del Bajo Guadalquivir”. En AAVV, *Tartessos, 25 años después, 1968-1993, Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, págs. 99-135. Jerez de la Frontera.
- BARRÓSO RUIZ, C. (1980): “Nuevas pinturas rupestres en Jimena de la Frontera (Cádiz): Abrigo de Laja Alta”, *Zephyrus: Revista de prehistoria y arqueología*, 30-31, págs. 23-42.
- BELÉN DEAMOS, M. (2006): “Ánforas de los siglos VI-IV a.C. en Turdetania”, *Spal*, 15, págs. 217-246.
- BELÉN DEAMOS, M., JIMÉNEZ FLORES, A.M. (2007): “Del Período Orientalizante al mundo turdetano en el Bajo Guadalquivir. Aspectos de un proceso de cambio”, *Arqueomediterrània, De les comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental*, 9, 53-70.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. (1996): “Las explotaciones mineras y la romanización de Hispania”. En J.M. BLÁZQUEZ, J. ALVAR EZQUERRA (Eds.): *La romanización en Occidente*, págs. 179-200. Madrid.
- BORJA BARRERA, F. (1995): “Paleogeografía de las costas atlánticas de Andalucía durante el Holoceno medio-superior. Prehistoria reciente, Protohistoria y fases históricas”. En AAVV, *Tartessos, 25 años después, 1968-1993, Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, págs. 73-97. Jerez de la Frontera.
- ESPINOSA ESPINOSA, D., GUTIÉRREZ MARÍN, F. (2006): “Tartessos: configuración y colapso de una sociedad preurbana en la Península Ibérica”, *ArqueoWeb – Revista sobre Arqueología en Internet*, 8, págs. 1-22.
- FERRER ALBELDA, E., DE LA BANDERA ROMERO, M.L. (2005): “El orto de Tartessos: la colonización agraria durante el Período Orientalizante”. En S. CELESTINO PÉREZ, J. JIMÉNEZ ÁVILA (Coords.): *El Período Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, págs. 565-574. Madrid.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2005): “El poblamiento postorientalizante en el Bajo Guadalquivir”. En F.J. JIMÉNEZ ÁVILA, S. CELESTINO PÉREZ (Coords.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida, Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, AEspA, 35 (2), págs. 891-900.
- GUTIÉRREZ, J.M., RUIZ, J.A., GILES, F., BUENO, P., LÓPEZ, J.J., AGUILERA, L. (2000): “El río Guadalete (Cádiz) como vía de comunicación en épocas fenicia y púnica en Andalucía Occidental”. En M. BARTHÉLEMY, M.E. AUBET, M.E. (Coords.): *Actas del IV Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos, Vol. II*, págs. 795-806. Cádiz.
- MARTIN RUIZ, J.A. (2007): *La crisis del siglo VI a.C. en los asentamientos fenicios de Andalucía*, Málaga.
- MATA ALMONTE, E. (2009): “Precedentes de los aprovechamientos hídricos en la antigüedad gaditana. El mundo turdetano”. En L.G. LAGÓSTENA BARRIOS, F.B. ZULETA ALEJANDRO (Coords.): *La captación, los usos y la administración del agua en Baetica: estudios sobre el abastecimiento hídrico en comunidades cívicas del Conventus Gaditanus*, págs. 115-170. Cádiz.

- PADILLA MONGE, A. (2014): “Producción, intercambio y comercio en el Bajo Guadalquivir en época prerromana (siglos V–III a.C.)”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 44, págs. 366-372.

- RAMÓN TORRES, J. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*, Barcelona.

- RUIZ RODRÍGUEZ, A., MOLINOS MOLINOS, M. (2007): *Iberos en Jaén*, Jaén.

RUIZ-GÁLVEZ PRIETO, M. (1986): “Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce”, *Trabajos de Prehistoria*, 43, págs. 9-42.

- RUIZ-GÁLVEZ PRIETO, M. (2005): “Representaciones de barcos en el arte rupestre: piratas y comerciantes en el tránsito de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro”, *Mayurqa*, 30, págs. 307-339.